

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

El día que entendí el silencio

Wendy Johana Cameló Urrego

wjcamelou@ut.edu.co

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

VI semestre

IDEAD – Universidad del Tolima

Aque lla mañana me desperté abruptamente. No fue por el canto de los pájaros ni por la luz del amanecer filtrándose por la ventana, sino por unos gritos abrumadores que venían del exterior. Eran gritos humanos: mujeres, hombres y niños vociferaban sin descanso. Las frases se repetían entre el alboroto:

—¡Cójanla! ¡No la dejen salir! ¡Agárrenla!

El caos se mezclaba con los llantos de varios niños y los ladridos furiosos de los perros, que no cesaban. Aún eran las seis de la mañana, y apenas se asomaba el sol. Me levanté angustiada, con el corazón latiendo rápidamente. El miedo me paralizaba. Mis piernas se sentían pesadas,

como si mi cuerpo supiera que estaba a punto de enfrentar una escena dolorosa. El sudor frío se deslizaba por mi frente mientras avanzaba hacia la puerta para entender lo que ocurría.

Olvidé mis gafas que reposaban sobre la mesa, así que entrecerré los ojos, tratando de ver lo que sucedía a lo lejos. Los gritos se alejaban, pero el fervor aumentaba. Esta vez lo que escuché fue aún más perturbador:

—¡Hay que matarla!

Me estremecí, caminé hacia el exterior con más miedo que determinación. Vi a mis primos llorando desconsoladamente. Me acerqué a uno de ellos para preguntarle qué pasaba, pero no supo responder. Solo sollozaba, paralizado por el miedo, igual que yo. A lo lejos, se oían pasos apresurados, botas golpeando la tierra, levantando lodo y pasto. Se respiraba tensión y una crueldad fría.

—¡Mátenla!
¡Nos va a coger la tarde! — gritaban algunos.

Otros reían, silbaban, como si estuvieran participando en un juego macabro.

Cuando por fin logré ver con claridad, mi

corazón se hizo trizas. Las risas no eran de burla ni de nervios... eran risas de victoria. Habían logrado atraparla. Estaba en el suelo, amarrada, como si hubiese cometido un crimen imperdonable. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Su cuerpo, cansado y herido. Su boca, amordazada. No podía pedir ayuda. Pero su mirada lo decía todo: resignación, miedo, y sobre todo... tristeza.

Me acerqué lentamente. Sentí que mis lágrimas eran las suyas. Mis manos temblorosas intentaron soltar sus sogas, pero estaban demasiado apretadas. Las marcas en su piel hablaban por sí solas: la violencia que había recibido era injustificable.

Acaricié su rostro con ternura. Quería aliviar su dolor, al menos por un instante. Pero uno de los hombres —uno de sus captores— me vio y gritó con furia:

—¡Déjala! ¡No la ayudes!

Retrocedí. Me alejé unos pasos, pero no dejé de mirar. Seguía observándola desde la distancia. Quería estar con ella. Quería que supiera que, aunque nadie más lo hacía, yo sí la quería.

Eran las 7:00 de la mañana cuando dieron la orden de matarla.

Mis primos y yo solo llorábamos. Éramos pequeños, demasiado frágiles para intervenir.

A las 7:30, Paloma falleció ante nuestros ojos.

Sus lamentos de ayuda quedaron grabados en mi alma. Sentí rabia, impotencia y un dolor indescriptible. Corré hasta una roca cercana, me senté y lloré. Le pedí a Dios que le diera paz. Que le perdonara el crimen de ser inocente.

A las 10:00 a.m., mi tío —uno de los captores— vino a buscarme. Me abrazó. Intentó consolarme con palabras huecas:

—No llores más, es el ciclo de la vida...

Pero yo no podía comprenderlo. ¿Cómo podía la vida justificar tanta crueldad? A mi corta edad, el ciclo de la vida no tenía sentido si se basaba en matar a quien amábamos. Yo solo quería que se respetara su existencia. Que no la trataran como un objeto, sino como la amiga que había sido.

Eran las 11:00 de la mañana. Veía el fuego arder desde la distancia.

No solo la mataron... también la iban a cocinar.

Era Navidad, 24 de diciembre.

Y a las 8:00 p.m., tuve que ver a Paloma servida en mi plato.

Paloma era mi vaca.

Pero para mí no era solo eso. Era mi amiga.

Habíamos crecido juntas. Corríamos, jugábamos, la alimentaba todos los días. Su ternura era infinita. Y su hijo... su hijo era lo único que me quedaba.

Desde entonces, él se convirtió en mi nuevo mejor amigo. Prometí no dejar que nadie le hiciera daño, como lo hicieron con Paloma. No solo me dolió su muerte... me dolió la indiferencia con la que fue tratada, como si su vida no valiera nada.

Paloma me enseñó algo que nunca olvidaré: los animales sienten, lloran, aman... y también sufren.

Ese día, aprendí que a veces los verdaderos crímenes no son los que se cometen con rabia, sino los que se hacen con costumbre, sin cuestionarlos jamás.



ENTRE
LINEAS